Cómo solemos resolver los problemas equivocados con medios industriales

Eliakim M. Kambale

FF-0001 · v1 · es · 2026-11-17

Traducción de en v1

https://contributions-ledger.org/freeforms/ff-0001/v1/es/

¿Por qué libramos tan a menudo guerras contra nuestros fracasos pasados, a veces arriesgando todo lo construido desde entonces? He estado reflexionando sobre lo que significa triunfar en la vida. ¿Ser visto, admirado, respetado o reunir suficiente poder para hacer que las cosas sucedan? Sospecho que parte de lo que parece ambición es un intento de responder a algo que ocurrió mucho antes: que no te tomaran en serio, que no repararan en ti, que te hicieran sentir que no había nada particularmente interesante o deseable en ti, etc.

A veces las personas construyen grandes cosas para demostrar que alguien se equivocaba. Un padre que nunca creyó en ellas, un profesor que despreciaba sus capacidades, una novia que nunca las tomó en serio. O una mujer cuyas capacidades fueron menospreciadas por un profesor, que se vuelca en el feminismo y se propone convertirse ella misma en profesora para demostrar que una mujer también puede triunfar. El logro lleva un mensaje para esa persona: «Te equivocaste conmigo». Esto también se aplica a los hombres: un hombre compra un coche de lujo y conduce por el barrio donde vive una mujer que lo rechazó. O publica una nueva relación en las redes sociales esperando que sus ex la vean. Años después, el juicio de esa persona puede seguir decidiendo qué merece el esfuerzo de toda una vida.

Pero hay una trampa. Imaginemos a un joven nerd que se sentía invisible en el instituto. Se mata trabajando y se convierte en un empresario de éxito. Acapara la atención, pero parte de ella procede de personas que quieren acceder a su posición o a su dinero. Las mismas cosas que adquirió para hacerse deseable dificultan saber si alguien lo desea a él. El dinero y el poder pueden cambiar cómo se comportan los demás a su alrededor sin cambiar lo que siente cuando alguien lo pasa por alto. Puede haber triunfado según casi todos los criterios públicos y seguir preocupado por la pregunta que lo lanzó a esa carrera.

A Jensen Huang le gusta contar la anécdota de cómo conoció a su esposa, Lori, en la universidad: pasó meses haciendo deberes con ella antes de reunir el valor para invitarla a salir. En su relato, lo que me llama la atención es el intercambio que ocurrió: ofreció recursos para obtener su atención, y funcionó. Quizá nunca aprendió a hacerlo de otra manera y siguió acumulando recursos aún mayores y más poder para asegurarse esa atención, no solo de Lori, sino muy probablemente de

otras mujeres también. Aunque es de conocimiento común que todos los hombres pagan por el acceso sexual, un seductor podría haber conseguido una cita con unas bromas, algo de labia y la actitud adecuada, sin gastar un céntimo. La pregunta es si Huang aprendió alguna vez a captar la atención sin algo externo a él que lo hiciera brillar. En la universidad eran las notas excelentes que prometía a Lori mediante sus sesiones de deberes; más tarde fueron el dinero, la fama, el puesto de director ejecutivo y la influencia y el poder que proporciona. Sus recursos aumentaron, pero ¿cambió alguna vez su forma de buscar afecto?

Quizá volverse formidable parezca más imaginable que acercarse a alguien y arriesgarse a una negativa. O quizá el afecto de ella se haya entrelazado con otro deseo: convertirse en alguien a quien nunca más se pudiera ignorar. La atención de una sola persona carga entonces con el peso de una reivindicación mucho mayor. ¿Le bastaría con ser deseado o seguiría necesitando convertirse en alguien imposible de ignorar?

Desde fuera, las aventuras de las que se ha informado de Huang y la pérdida de su puesto de director ejecutivo parecen una manera absurda de arriesgar todo lo que llevaba construyendo durante treinta y tres años. Sin embargo, si se mira su caso desde otra perspectiva, la antigua herida pudo seguir siendo su talón de Aquiles, y quizá no advirtió que la exponía al mundo entero cada vez que relataba cómo conoció a su esposa. Cualquier mujer que le ofreciera un poco de afecto y atención podía, por tanto, llegar al joven nerd que había bajo todo ese poder. Y antes de pensar que tomó una «mala» decisión o calculó mal los riesgos, no olvides que su subconsciente quizá estaba utilizando el poder correctamente, es decir, para ganar las guerras que nunca había ganado. Para él no era tirarlo todo por una recompensa tan pequeña; era utilizar por fin las armas para el propósito con el que habían sido adquiridas. Quizá nunca quisimos lo que construimos por lo que era en sí mismo. Era una máquina de guerra contra nuestros fracasos pasados, prescindible en el intento de vencer.

A veces construimos un ejército para una guerra que podría haber terminado con un cuchillo de cocina. Alguien pasa años acumulando riqueza porque quiere ser deseado, cuando aprender a seducir a una mujer quizá habría abordado la dificultad de manera más directa. Pienso en esas tramas de series de televisión en las que un hombre que no consigue la atención de una mujer se alista en un ejército, pasa por un duro entrenamiento, se convierte en conquistador o adquiere el poder de derrotar al villano. Regresa esperando que ella por fin lo mire de otra manera. Si pudiera pedir un don, ¿por qué pedir el poder de derrotar ejércitos o ganar duelos? ¿Por qué no pedir el don de seducir a la chica con la que quería hablar desde el principio, o el de dejar de necesitar su atención?

Siempre me asombra cómo las personas pueden hacer maravillas y cambiar el mundo solo para evitar cambiar ellas mismas. Pienso en feministas que tienen tanto miedo de asumir responsabilidades que, en su búsqueda de seguridad para las mujeres, prefieren reeducar a los hombres sobre el consentimiento y el respeto a los límites, y machacar a los niños con que nunca deben hacer daño a una mujer, antes que aprender ellas mismas y enseñar a las niñas a reconocer el peligro y evitarlo.

Para mí, el verdadero empoderamiento consiste en aprender a protegerte estés donde estés. No debería depender de tener la suerte de vivir en un país donde controlas la educación de los posibles agresores. Puedes perfeccionar el sistema, pero no puedes garantizar que todos los niños salgan correctamente formateados. Si sale defectuoso uno solo, el peligro sigue ahí fuera.

Una solución más sencilla y pragmática sería adquirir un conocimiento profundo de la naturaleza humana que te acompañe a todas partes. Te permite reconocer el peligro y evitarlo sin necesitar un gran aparato estatal para reformatear a toda una generación de hombres.

Sin querer desviarme del tema, ¿por qué tu seguridad debería ser el bien supremo alrededor del cual toda la sociedad debe reorganizarse? ¿Qué te da derecho a moldear a todos los demás para tu propia comodidad? ¿No es pretencioso, dictatorial y egocéntrico decidir cómo deben vivir los demás para que tú no tengas que hacer ningún esfuerzo? Veo en ello una mentalidad de princesa o diosa, una especie de solipsismo: todo gira a mi alrededor; todo el mundo debe servirme a mí y a mis necesidades.

Veo el mismo patrón en las madres solteras que culpan a los hombres de ser irresponsables y dejarlas con bebés. Algunas podrían haber elegido una pareja más fiable o haber mantenido las piernas cerradas hasta el matrimonio. Para mí, esto refleja al hombre que conquista el mundo esperando la atención de una mujer en lugar de aprender a seducirla: en el fondo, resolver laboriosamente el problema equivocado.

Los hombres suelen optar por soluciones pragmáticas. Para evitar acusaciones falsas, evitan situaciones como hablar con una compañera en un despacho con la puerta cerrada, quedarse hasta tarde en la oficina con una compañera o tomar el ascensor a solas con una mujer. No necesitan reformatear a toda una generación de mujeres para que ninguna acuse falsamente a un hombre inocente de algo que nunca hizo. Ajustan su propia conducta. En este asunto, los hombres son más pragmáticos. Pero cuando se trata de seducción, olvidan ese pragmatismo. ¿Por qué?

Quizá porque la seducción se ha entrelazado con la reivindicación personal. Quiere que la atención de ella resuelva algo sobre él: que es deseable, que quienes lo ignoraron estaban equivocados, que nunca volverá a ser insignificante. Puede aceptar una limitación y ajustar su conducta cuando se protege. La indiferencia de ella puede resultar más difícil de aceptar porque parece un juicio sobre su valía. Aprender a ligar todavía lo deja expuesto a una negativa personal. Acumular dinero, estatus o poder ofrece la fantasía de llegar a ser imposible de rechazar.

También puede haber algo familiar en acumular recursos. Sabe trabajar, competir y acumular. Acercarse a alguien sin esas protecciones exige una capacidad diferente, quizá una que ha pasado la vida evitando. Su razonamiento puede seguir siendo muy eficaz mientras sirve a un objetivo emocional que nunca ha examinado. Una competencia extraordinaria puede dedicarse a resolver el problema equivocado.

Esto me devuelve al hombre común que busca poderes mágicos: ¿por qué pedir no volver a ser rechazado en vez de pedir volverse inmune al rechazo? El primer deseo carga el peso sobre la otra

persona, cuya respuesta no puede controlar. Su seguridad depende de que ella siga deseándolo, de que alguien más se comporte de una forma que proteja su sentido de valía. Por poderoso que se vuelva, ella todavía puede preferir a otra persona o simplemente cambiar de opinión. La protección que intenta adquirir nunca puede quedar del todo asegurada.

Llegar a ser capaz de soportar el rechazo parece una fortaleza más útil. Cuando hablo de inmunidad pienso en algo que deje espacio para que las cosas te importen. Un rechazo todavía puede doler, sobre todo cuando la persona importa. Pero la decepción no tiene por qué convertirse en un veredicto que deba revocarse mediante años de logros. Si una negativa no amenaza todo lo que crees de ti mismo, hay menos motivos para dudar antes de pedir lo que quieres. Puedes acercarte a alguien, expresar interés, hacer una propuesta. Esa confianza puede abrir ciertas puertas. Una puerta que permanece cerrada no tiene por qué disminuir tu autoestima ni hacer que el resto de tu vida parezca insuficiente. El hombre común en busca de poderes mágicos podría acercarse a ella antes de volverse extraordinario. Después tendría una vida a la que regresar.

Tres actitudes parecen útiles: «Esto también pasará» puede aliviar el dolor de ser rechazado, dando tiempo al sentimiento para cambiar. «El rechazo te redirige» puede reavivar la motivación de seguir llamando a otras puertas, ofreciendo a la atención otro lugar adonde dirigirse. El desapego te mantiene en un estado de aceptación: sea cual sea el resultado, seguirás viviendo. Has vivido sin esto hasta ahora. Si no se concreta, puedes seguir viviendo sin ello. Aun así puedes desearlo y esforzarte por conseguirlo. La posibilidad de vivir sin ello te da margen para recibir la respuesta, incluida la que esperabas no oír. Sanar, en este sentido, incluiría poder encontrarte con el viejo sentimiento sin tener que organizar otra campaña contra él.

Algunas guerras no están hechas para librarse en el mundo material, tridimensional, sino dentro de uno mismo. Pienso en Jesús diciendo: «Mi reino no es de este mundo, sino del mundo de arriba». Y en la conocida paráfrasis de Jung: «Hasta que hagas consciente lo inconsciente, dirigirá tu vida y lo llamarás destino».

La mayoría de nuestros impulsos no son decisiones racionales. Son reacciones emocionales. Alguien te rechaza, te insulta o te presta un poco de atención, y de repente estás dispuesto a organizar tu vida alrededor de ese sentimiento. El esfuerzo, en el espíritu de Frankl, consiste en poner cierta distancia entre el estímulo y tu respuesta para poder decidir qué respuesta es apropiada. Antes de construir un ejército, quizá debas preguntarte si ese sentimiento exige siquiera una guerra.

Referencia

Eliakim M. Kambale. (2026-11-17). Cómo solemos resolver los problemas equivocados con medios industriales. Freeforms, FF-0001, Versión 1 (es). https://contributions-ledger.org/freeforms/ff-0001/v1/es/